

te roce en este nuestro territorio ambiguo del recuerdo. Ven, deja que recorra tu inexistencia, todo tu ser pretérito, ahora que presiento el final de este letargo y me invade la pereza del despertar.

La dama de verde oculta a Sara su mano, nerviosamente asida por el enfermo mudo. Se adhiere con humildad al silencio, en el que se adiestra desde hace años y que aquel día había osado profanar durante unos minutos: los necesarios para conducir al hombre desde su habitación hasta el interior del quirófano. Una breve tregua. Luego, presenciar la anestesia y sumergirse para el reencuentro habitual en la profundidad del sueño. Velar durante la operación y enseguida esfumarse. Pero ni siquiera parece merecer aquella tregua. El hombre, testigo de nada, languidece, incapaz de enfrentarse a lo real. Las dos mujeres desearon la eternidad de aquel viaje de ascensor, pero los dos pisos no fueron eternos.

*"¡Estaré contigo cuando despiertes!"*- gritó la mujer al hombre que, empujado por la enfermera, separaba dos puertas batientes y se disponía al ritual de iniciar o prorrogar un sueño.

Pablo HERMIDA LAZCANO

